



Y Jesús dijo...

EPISODIO 16- ¿SIGUES REGLAS O SIGUES A CRISTO?

Ya hemos sido testigos de cómo Jesús fue cuestionado en varias ocasiones por los fariseos. Primero, cuando dudaron de su autoridad para perdonar pecados. Luego, al verlo compartiendo la mesa con pecadores. Y ahora, nuevamente, se levanta una crítica, esta vez relacionada con la práctica espiritual del ayuno.

En esta ocasión, los fariseos, se acercaron a Jesús con la siguiente pregunta: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben?” (**Lucas 5:33**). Antes de conocer la respuesta de nuestro Señor Jesucristo, tomémonos un momento para hablar sobre el ayuno.

El ayuno, siempre debe tener un propósito espiritual. No se trata solo de abstenerse de comida o bebida, sino de acompañar ese tiempo con oración sincera, buscando fortalecer nuestro espíritu y acercarnos al corazón de Dios. Es un momento para rendirnos ante Su presencia, con un corazón humilde y arrepentido.

Según la ley del Antiguo Testamento, a los judíos se les mandó ayunar una vez al año, durante el Día de la Expiación. Sin embargo, con el paso del tiempo, esta práctica comenzó a hacerse más frecuente. Algunos ayunaban con la esperanza de forzar una respuesta divina a sus peticiones personales, mientras que otros lo hacían simplemente para mostrarse piadosos ante los demás. Llegaron incluso a establecer ayunos dos veces por semana, comúnmente los lunes y los jueves. Pero lo hacían de una forma que distorsionaba el verdadero sentido del ayuno. Caminaban con rostros tristes, con gestos de fatiga, sin siquiera lavarse el rostro, todo con tal de que la gente los viera y dijera: “¡Qué hombre tan devoto!, ¡cuánto ama a Dios!”. En realidad, no estaban buscando el rostro del Señor, sino el reconocimiento de las personas.

Jesús, con su sabiduría infinita, aprovecha esta pregunta no solo para responder, sino para enseñar una verdad profunda. Él contrasta dos formas de entender la vida espiritual: por un lado, la religión basada en reglas, centrada en lo exterior, en lo que se ve; y por el otro, el evangelio, que nos invita a una relación viva y personal con Él, centrada en el corazón, en lo que realmente somos ante los ojos de Dios. Por eso les respondió: **¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunen, entre tanto que el esposo está con ellos?”** (**Lucas 5:34**).

El Señor utiliza como ejemplo una boda, un acontecimiento cercano, familiar y lleno de significado para todos. En una boda, los amigos del novio son los invitados y mientras dura la celebración, todo es alegría, gozo, comunión. Es un tiempo para reír, compartir y disfrutar, no es tiempo para estar de luto, llorar o ayunar. En este ejemplo Jesús mismo es el esposo y los invitados son sus discípulos. Mientras Él está con ellos, su presencia es “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

motivo de gozo. ¿Cómo iban a ayunar si estaban viviendo el privilegio de caminar con el Mesías, de escuchar su voz, de ver sus milagros, de compartir con Él cara a cara? Estar con Jesús se compara como estar en una boda. No quiere decir que nosotros los cristianos no ayunamos porque si continuamos leyendo las Escrituras Jesús en el **versículo 35 dijo: “Mas vendrán días cuando el esposo les será quitado; entonces, en aquellos días ayunarán.”** Jesús les estaba anticipando por primera vez en el evangelio de Lucas que abruptamente sería separado de ellos, les estaba anunciando su muerte, que vendría el tiempo en que ya no estaría físicamente con ellos, y entonces sí, en medio del dolor, de la espera y del anhelo, ayunarían. Además, el Señor también les contesta con la parábola registrada **en Lucas 5: 36-39 “Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo; pues si lo hace, no solamente rompe el nuevo, sino que el remiendo sacado de él no armoniza con el viejo. 37 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo romperá los odres y se derramará, y los odres se perderán. 38 Mas el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar; y lo uno y lo otro se conservan 39 Y ninguno que beba del añejo, quiere luego el nuevo; porque dice: El añejo es mejor.”** ¿Qué quiere decir esta porción de la palabra? Con Juan el bautista finalizó la dispensación de la ley y con Jesús inició la de la gracia, ambas no se pueden unir o mezclar. Para explicarlo mejor Jesucristo dio dos ejemplos: El primero es usar un remiendo de paño nuevo para arreglar un vestido viejo. Al lavarlo, el paño nuevo se encogería, desgarrando el vestido viejo, y quedaría peor que al comienzo. Quiero aclarar para que no haya confusión, que Jesús no estaba diciendo que el viejo vestido era el Antiguo Testamento o la ley de Dios, porque como lo dice **Mateo 5:17-19** Jesús no vino a abrogar o abolir la ley sino a cumplirla. Lo que si se refiere es a la religión basada en rituales y legalismos con reglas hechas por los hombres que opacan la ley de Dios. Jesús no vino a remendar estas tradiciones, sino que trajo un nuevo vestido que es el vestido de la salvación, el evangelio de la gracia. El segundo ejemplo es poner vino nuevo en odres viejos. **En los** tiempos bíblicos, el vino nuevo, aún en proceso de fermentación, se almacenaba en odres que eran unos recipientes hechos de cuero. Estos cueros, cuando eran nuevos, eran flexibles y podían expandirse con la presión del vino en fermentación. Pero si el odre ya era viejo, reseco y rígido, no soportaba la presión, se estallaba, y el vino se perdía. Jesús está diciendo que el vino nuevo de la salvación: la gracia, la vida nueva en Él, no puede ser contenido dentro de estructuras viejas, como el legalismo o la religión basada en obras. Si tratamos de encajar la libertad del evangelio dentro de sistemas rígidos de tradición humana, se rompe todo. El mensaje se diluye, se pierde su poder... y los odres, es decir, los corazones que no quieren cambiar quedan inútiles. Rechazar la gracia por las obras, se puede comparar con las personas que están tan acostumbradas a beber un vino viejo que no tienen deseos de beber uno nuevo, se aferran tanto a las tradiciones que no tienen interés en conocer el evangelio de Cristo y recibir un corazón renovado por Su Espíritu.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Todo lo que hemos reflexionado hasta ahora nos lleva a la conclusión que no es la religión la que nos salva, ni sus reglas, ni las prácticas externas que se hacen por costumbre o por cumplir. Lo que verdaderamente nos salva es creer en el evangelio de Jesucristo, recibirlo como nuestro Señor y Salvador, y obedecerle por amor. No se trata de aparentar conductas religiosas que no nacen del corazón, que se hacen simplemente porque alguien lo pide o porque es una tradición. Se trata de algo mucho más profundo: de tener una relación viva, sincera y transformadora con Jesús. Cuando le abrimos el corazón a Cristo, cuando le permitimos entrar y obrar en nosotros, Él comienza a renovarnos desde adentro. Nos da un corazón nuevo. Y entonces, si ayunamos, si oramos, si buscamos Su rostro... no lo hacemos por obligación, sino porque nace del alma. Lo hacemos con alegría, con gozo, con gratitud, porque queremos conocer Su voluntad, debilitar nuestra carne y ser más sensibles a Su voz.

Cuando vivimos una fe auténtica, cuando dejamos que Cristo sea el centro de nuestra vida, todo cambia, todo empieza a reflejar Su amor. Ya no obedecemos por miedo ni por costumbre, sino porque amamos a nuestro Salvador y deseamos agradecerle.

Que cada oración, cada acto de servicio, cada día de ayuno y cada gesto de bondad sean una ofrenda sincera para el Señor, fruto de un corazón agradecido. Queridos amigos: ya que el velo fue rasgado, y que podemos acercarnos confiadamente al Señor, fortalezcamos nuestra comunión con el Señor, porque para estos fuimos llamados; a la comunión con Su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Hemos llegado al final de este episodio. Oramos para que el Señor bendiga tu vida y la de tu familia. Si este mensaje ha edificado tu corazón, no olvides apoyarnos compartiéndolo con tus amigos y seres queridos. También te invitamos a visitar nuestra página web: **www.yJesúdiJo.com** y a suscribirte a nuestro canal de YouTube, donde encontrarás más contenido para fortalecer tu fe. Recuerda: ¡Si Dios está contigo... es suficiente!

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**